

xilio de los ángeles,, (1). *Guillermo de Auvergne* va á explicarnos qué peligros son estos: "Los ángeles custodios nos defienden de todo lo que pudiera dañarnos; ante todo nos defienden contra los espíritus malignos, que apartan de nosotros, los expulsan, y á veces los encadenan, como atestiguan innumerables milagros; nos protegen, además, contra los hombres que nos hacen mal; nos guardan de las bestias feroces, y nos ponen al abrigo del furor de los elementos; y llevan, por fin, ante Dios nuestras oraciones. ¿Significa esto que se limiten á repetir lo que nosotros decimos? Sería ridículo, porque Dios no tiene necesidad de ellos para oír nuestras palabras. Los ángeles añaden, pues, algo de su cuenta; y nuestras oraciones, presentadas por ellos, son mejor escuchadas, al modo que los príncipes atienden más benévolamente una petición cuando se les dirige por medio de un favorito. *Por amor á ellos nos otorga Dios lo que deseamos*, y POR CONSIDERACION Á ELLOS NOS DISPENSA LO QUE NOSOTROS MISMOS NO MERECEMOS,, (2). Y no se crea que esta doctrina supersticiosa se debe á alucinaciones del santo obispo de París; que no da un paso ni dice una palabra *Guillermo de Auvergne* sin apoyarse en la Sagrada Escritura y en el testimonio de los profetas, á quienes, dice, ha revelado Dios la verdad. Así pues, el politeísmo cristiano está autorizado por la revelación.

Respóndese á esto que los católicos no adoran más que un solo Dios, mientras que los paganos tributaban á las divinidades inferiores el mismo culto que á su Dios supremo. No pretendemos reproducir las acusaciones de los protestantes y colocar el catolicismo al nivel del paganismo; sostenemos sólo que hay en el cristianismo un elemento supersticioso cuyo germen se desarrolló bajo la influencia de la ignorancia y de la barbarie y produjo supersticiones que apenas diferían de las de los paganos. De este género es la creencia de los ángeles. Todo cristiano debe creer en la existencia de estos seres superiores y ver en ellos los ministros de Dios; es la Sagrada Escritura, es la revelación quien abre la puerta al error. Fácilmente se trasforman las ministros en señores, y se prefiere apelar á aquellos de quienes se espera una favorable acogida. ¿Cómo extrañar que los hombres se dirigieran

(1) ALBERTUS MAGNUS, *Summa theologiae*, Pars II, quest. 38, membr. 1 (Op., t. XVIII, p. 214).

(2) *De Universo* (t. I, p. 1006 y siguientes).

á los ángeles más bien que á Dios, cuando los teólogos enseñaban que Dios otorgaba á la intercesión de los ángeles lo que negaba á las oraciones de los hombres? Los mismos santos se dejaron llevar de esta concepción idolátrica; se conserva una oración de *San Anselmo*, en la cual el ilustre doctor invoca directamente á la Virgen y á los ángeles, mientras pide sólo el apoyo de los santos para con Dios (1). Si un *San Anselmo* llegaba á la idolatría, ¿qué debía ser el culto para el común de los fieles?

N.º 2.—*Satanas y los demonios.*

1.—*Satanas, príncipe del mundo.*

Pudiera sostenerse que hay progreso aún en el camino tenebroso de las supersticiones; creemos sinceramente que las fábulas cristianas son, en su conjunto, más espirituales y más bienhechoras que la idolatría pagana; mas no nos atreveríamos á afirmar que hay progreso en todo, pues sería hacer una injuria al genio poético de Grecia comparar sus espléndidas ficciones con la sombría demonología del cristianismo, y hay que retroceder hasta el Oriente para encontrar el tipo de esta horrible creación. Siempre ha preocupado á los hombres el espectáculo del mal; pero hay razas que lo aceptan sin tratar de penetrar en su causa; tales fueron los Griegos, para quienes la fatalidad era una explicación satisfactoria del problema. No sucede lo mismo con las religiones que quieren penetrar el origen del mal; no pudiendo atribuirlo á Dios y no comprendiendo cómo pudiera ser su principio el hombre, crean un sér á quien imputan todo el mal que se produce en el mundo. De aquí el maniqueísmo; la Iglesia lo condenó, mas conservó el dogma de los ángeles caídos, y con ello un germen fecundo de espantosos errores.

Todo cristiano debe creer en la realidad de estos seres maléficis que, después de haber sido el terror de nuestros padres, no asustan ya más que á los niños ó á los hombres que, por su desarrollo intelectual, están al nivel de la infancia. "Sería tomarse un trabajo inútil, dice *Bossuet*, querer probar con el testimonio de la Sagrada Escritura que los demonios existen; es una verdad reconocida y

(1) S. ANSELMI *Orat.* 36 (Op., p. 270). Dirigiéndose á los ángeles, les ruega que le defiendan contra el demonio: «Sancte Michaël, defende me ab hoste maligno in hora mortis meae, etc.» La petición es directa. Al invocar á los santos, pide sólo su intercesión: «Pescite mihi a Deo indulgentiam, etc.»

que todas las páginas del Nuevo Testamento acreditan,, (1). La conciencia moderna rechaza esta horrible creencia: ¿cómo admitir que sea revelada una religión, cuando enseña errores á que bien pronto negarán su fe hasta los niños? Háse tratado de dar una interpretación alegórica á los pasajes de la Escritura que conciernen á los demonios. El autor del *Mundo Encantado* (2) sostiene que, al hablar de la acción maléfica de los demonios, se acomodó Jesucristo al lenguaje popular, sin hacer de esa influencia un artículo de fe. La obra de *Bekker*, publicada al fin del siglo XVII, tuvo un éxito inmenso: la luz de la civilización comenzaba á disipar las tinieblas del reino de *Satanas*; pero los demonios encontraron innumerables defensores, y fuerza es decirlo, la ortodoxia estaba de su parte (3), y con razón combatían explicaciones alegóricas que no servían sino para hacer patentes los embarazos del cristianismo y para comprometer la fe. Á despecho del buen sentido tiene que mantener la doctrina cristiana la creencia en los demonios ó abdicar su pretensión de ser la verdad absoluta: si *Satanas* es un sér imaginario, Jesucristo no puede ser Hijo de Dios.

Ya hemos dicho que en la Edad Media compartía el diablo con Jesucristo el imperio de las almas; y esto es literalmente verdad, y no es una superstición popular, sino creencia de que participan los más elevados espíritus. *Satanas*, dice *San Gregorio*, fué señor absoluto del mundo hasta la venida del Cristo (4); él fué quien tentó al primer hombre; "y dominado el monarca del mundo por este soberbio vencedor, todo el mundo quedó sometido á sus leyes; abolió el conocimiento de Dios, y se hizo adorar en su lugar por toda la extensión de la tierra, según lo que dijo el profeta: *Los demonios son los dioses de las naciones*. Por esto le llama *príncipe de este mundo* (5) el Hijo de Dios, y *gobernador de las tinieblas* el apóstol, y, con expresión más enérgica, otras veces le apellida *el dios del siglo*, (6). No le despojó Jesucristo de su soberanía, la compartió con él; uno de los teólogos más

(1) BOSSUET, *Sermon sur les démons* (Œuvres, t. V, p. 445).

(2) BALTHASAR BEKKER. La obra apareció en 1690.

(3) MEINERS, *Vergleichung der Sitten*, t. III, p. 451-454.

(4) GREGORIUS MAGNUS, *Moral.*, I, 2, 22: «Omnes post se gentium nationes traxit.»

(5) *Salmos*, XCV.

(6) SAN PABLO, *Efes.*, VI, 12; *II Corint.*, IV, 4.—BOSSUET, *Sermon sur les démons* (t. V, p. 450-452).

eminentes del siglo XII nos dirá de qué manera se hizo esta singular partición:

"Cuando Jesucristo, dice *Hugo de San Victor* (1), tomó la forma de esclavo para rescatar á los hombres, encontró al diablo señor de todas las naciones. El mundo era todo de Dios, bajo una relación, porque Él lo ha creado; y bajo otra, era del diablo, que lo poseía desde el principio. De aquí un debate entre Dios y el diablo; Dios pide que el diablo le restituya lo que le pertenece; el diablo invoca la prescripción; Dios replica que el diablo ha robado por fraude el bien ajeno, y que lo retiene por la violencia; el diablo responde que Dios lo ha dejado hacer, sin haber reclamado jamás lo que le ha sido usurpado; Dios parece que reconoce la fuerza jurídica de estos argumentos, y se reduce á apelar á su omnipotencia; pero el diablo, como hábil legista, insinúa que daría Dios un mal ejemplo si usara del derecho del más fuerte. La discusión continúa todavía por algún tiempo; y viéndose más débil el diablo, propone una transacción: que se tenga en cuenta, dice, su antigua dominación, para dejarle una parte de ella, si no á título de derecho, á lo menos por tolerancia. Dios lo consiente, y le dice que le dará una parte tal que satisfaría el hambre de un avaro. Sobre esta base, Dios se reserva las mejores tierras, las praderas, los fértiles valles, poco en cantidad, pero mucho en valor, y deja al diablo las montañas, las tierras áridas y los desiertos, diciéndole: "Para que no acuses la violencia del juez ni la avaricia del donador, *te doy todo lo que ves.*," El diablo, que no ve el lote de Dios, queda por extremo contento con el suyo, y Dios se mofa de su ceguedad.,

Aunque el diablo haya sido engañado, puede decirse con verdad que la mayor parte del mundo le pertenece; Jesucristo no lo ha destronado, y le ha dejado la soberanía de la mayoría inmensa de los hombres. El diablo, en efecto, es el jefe de los malvados: "Es su jefe, dice *Alejandro de Hales*, porque es el primero y el más grande de los malvados, y además porque penetra en cierto modo con sus sugerencias en el cuerpo de los malvados como si fuesen sus miembros,, (2). No vacila tampoco *Alberto Magno* en dar á *Satanas* el nombre

(1) HUGON A SANCTO VICTORE, *Annotat. in Psalmos*, c. XII.

(2) «Quia quodammodo per suggestionem in malos, sicut in sua propria membra fluit» (*Summa theologiae*, Pars II, quest. 98, membr. 8, art. 1).

de rey como á Jesucristo: el diablo, dice, es el rey de los soberbios; el Cristo es el rey de los humildes (1). Con esta cuenta, el diablo lleva ciertamente la ventaja sobre el Cristo.

Poca diferencia hay, aún bajo la relación del poder, entre Dios y el diablo. Manifiéstase especialmente la omnipotencia de Dios por medio de los milagros; y como éstos no pueden ser producidos sino por el Creador, no puede, en realidad, hacerlos el diablo; pero todos los teólogos escolásticos enseñan que puede Satanás hacer milagros aparentes, y dicen que es imposible á los hombres distinguir en esta materia la apariencia de la realidad. Esta es la doctrina de *Alejandro de Hales* y de *Santo Tomás* (2); y *San Buenaventura* explica de qué manera engañan los demonios nuestros sentidos: "Ya nos muestran como existiendo lo que no existe; ya nos hacen ver bajo otras formas, ó nos ocultan, lo que existe. La experiencia diaria lo prueba, dice el santo doctor, y la Sagrada Escritura no deja duda alguna en este punto," (3). *Alberto Magno* trata curiosamente de estos prestigios; procura darse razón del cómo, y entra á este propósito en explicaciones que harían reír á los naturalistas modernos; entre ellas se encuentra, por ejemplo, que los cabellos de la mujer, bajo ciertas influencias, se cambian naturalmente en serpientes (4). El poder de Dios se manifiesta todavía por el bien que difunde en la creación y por el mal que inflige á los perversos; y si el diablo no hace el bien, es el autor del mal; es, en cierto modo, el ministro de las venganzas divinas, y puede, como tal, todo lo que Dios puede. La Sagrada Escritura sigue siendo la fuente de esta doctrina supersticiosa. "El libro de Job, dice *Guillermo de Auvergne*, nos enseña que el diablo tiene el poder de enviarnos enfermedades; tiene, pues, poder sobre nuestra naturaleza, y hasta sobre la naturaleza exterior, porque el fuego del cielo ha caído sobre los rebaños de Job y sobre sus esclavos," (5). Veamos en obra al diablo; que si hemos de creer á los teólogos católicos, influye tanto y aún más que Dios en los destinos de los hombres.

(1) *Sermo de Sacr. XXIX* (Op., t. XII, p. 294).

(2) ALEX. DE HALES, *Summa theologica*, Pars II, quæst. 100, membr. 2, art. 1.—SANCT. THOMAS, *Summa theolog.*, Pars II, quæst. 114, art. 4.

(3) SANCT. BONAVENTURA, in *libr. II Sentent.* (Op., t. IV, página 111).

(4) ALBERTUS MAGNUS, in *libr. Sentent.* (Op., t. XV, p. 84-88).

(5) *De Universo*, p. 1049.

II.—Misión del diablo.

Apoyándose en la Escritura, enseña *Santo Tomás* que los demonios están en este mundo hasta el juicio final para probar á los hombres; nos tientan sin cesar para precipitarnos en el mal, y puede, por consecuencia, decirse que ese es el propio oficio del diablo (1). Pudiera creerse que las tentaciones del demonio que llenan la vida de los santos son alegorías de las pasiones humanas, pero no hay nada de esto; los doctores de la Edad Media establecen la distinción entre las tentaciones naturales de la carne y las del demonio. ¿No bastaría, dice *Santo Tomás*, que tuviera el hombre que combatir la concupiscencia de la naturaleza? ¿Á qué, pues, las tentaciones del diablo? *El Ángel de la Escuela* responde que bastaría para probarnos las tentaciones naturales, pero que no satisface á la maldad del diablo (2). Hay, pues, seres maléficos por su esencia, cuya única misión es hacer el mal, ya para poner á prueba á los hombres, ya para castigarlos; y en este sentido dice el famoso autor del *Martillo de las Hechiceras*: "Dios se sirve de los demonios como de verdugos, para infligir á los culpables los males debidos á sus pecados," (3).

¿De qué manera cumplen los demonios su horrible misión? Los Evangelios lo dicen. Llenos están de historias de poseídos, y el exorcismo practicado por Jesucristo ha entrado como un elemento esencial en el principal sacramento de la Iglesia, el bautismo, sin el cual no hay salvación. Las obsesiones y los exorcismos jugaron un gran papel en la Edad Media. Nadie dudaba de que los demonios entraban en el cuerpo de los hombres y hasta de los animales: el Evangelio lo atestigua, dice *Guillermo de Auvergne*, y el que quiera vencerse de ello puede ver todos los días á nuestros exorcistas trazar y expulsar á espíritus malignos (4). Hasta los más graves escritores cuentan historias de obsesos tan ridículas, que nos causa vergüenza referirlas, ofreciéndose en esta materia una mezcla perpetua de necedad y de hor-

(1) *Summa theolog.*, Pars I, quæst. 111, art. 2; quæst. 64, artículo 4.

(2) *Summa*, P. I, quæst. 114, art. 1.—Esa es también la doctrina de ALEX. DE HALES (*Summa theolog.*, Pars II, quæst. 101, membr. 7, art. 4).

(3) *Malleus Maleficarum*, Pars II, quæst. 1, c. XIV.

(4) «Per probationes irrefragabiles, quia experimento visus multorum certissimum... Frequentissimum et creberrimum, experiri volentibus, hujusmodi spiritus ligari, absterri et diffugari per exorcistas...» (*De Universo*, p. 1027).

ror. Oigamos á *Pedro Duranti*, el célebre *Especulador*: "No se debe comer en el día de Pascua nada que no haya sido bendecido, porque el enemigo de los hombres trata entónces más que nunca de hacernos caer. Yo he visto en Bolonia una jóven atormentada durante tres años por dos espíritus inmundos, que, interrogados al fin por un hábil exorcista cómo habían entrado en aquel cuerpo, respondieron que estaban en una granada que la jóven había comido en el día de Pascua," (1). Después de tal conseja, bien se nos podrá permitir una pregunta: ¿cómo es que los espíritus inmundos han perdido la afición á las granadas en el siglo XIX? Todo cambia, hasta el diablo.

Los teólogos escolásticos, tan diligentes en profundizar los misterios del cristianismo, no dejaron de escrutar el misterio diabólico de la obsesión: "Segun la opinion común, dice *Guillermo de Auvergne*, los espíritus malignos entran y salen en los hombres; doctores hay, sin embargo, que piensan que los demonios no entran en nuestros cuerpos, y que sólo los tienen sitiados." Examinando las condiciones de este sitio, encuentra el santo obispo grandes dificultades. ¿Á qué distancia pueden los demonios sitiar á los hombres? "La filosofía, responde nuestro obispo, no ha resuelto aún este problema, porque no conoce suficientemente la naturaleza y malicia de los demonios: Aristóteles lleva al error de negar su existencia," (2). No participa *Alberto Magno* de las incertidumbres de *Guillermo de Auvergne*; no vacila en decir que entran los demonios en los cuerpos de los hombres, y se funda en los numerosos pasajes del Evangelio, donde se dice que Jesucristo arroja á los demonios del cuerpo de los obsesos, lo cual prueba que estaban en ellos sustancialmente los demonios (3). Hé aquí, pues, la más horrible y absurda de las supersticiones, pues está bajo la autoridad de la revelación. No faltaba más que hacer intervenir á Dios en el oficio del diablo; y no podía caber duda en este punto, pues, una vez admitida como constante la obsesión, debía ser atribuida á Dios: *San Buenaventura* dice, en efecto, que Dios permite entrar á los demonios en los cuerpos de los hombres para su mayor gloria (4).

(1) P. DURANTI, *Rationale divinarum officiorum*, libro VI, capítulo LXXXVI, núm. 8.

(2) GUILIELMI ARVERNI, *De Universo*, p. 1042, 883.

(3) ALBERTUS MAGNUS, *Summa theolog.*, Pars II, quæst. 29 (Op., t. II, p. 174).

(4) «Ad gloriæ suæ extensionem» (BONAVENTURA, in *Lib. II, Sentent.*, Op., t. IV, P. II, p. 109).

No eran, sin embargo, las obsesiones más que un hecho excepcional, á pesar de la frecuencia de los exorcismos, mientras que era diaria la acción de los demonios. Podría escribirse una historia de las gestas del diablo en la Edad Media que sería tan voluminosa como las vidas de los santos; ó, por mejor decir, la existencia de los santos, como la de todo fiel, no era otra cosa que una lucha permanente con el diablo; las astucias y emboscadas de los demonios constituían el objeto de un serio estudio, que era la gran preocupación de cuantos huían del mundo para trabajar en su salvación. Se conserva una obra sobre la demonología, escrita por un monje del siglo XIII (1), cuyo fin era facilitar la obra de la salvación á los hombres: "Es cosa aflictiva, dice, que nada ó bien poco conocamos de las prácticas de nuestros enemigos invisibles; quiero, pues, publicar las revelaciones de un santo abad que pasó su vida en observar á los demonios, que lo vió y oyó y que conocía todas sus maquinaciones." Que nos perdone el abad *Richalme de Schoenthal* si, al referir lo que llama sus revelaciones, se escapa á veces una risa involuntaria de nuestros labios; no es él el culpable, es sólo el órgano de los sentimientos generales de su tiempo:

"Créese generalmente, dice, que no tiene cada hombre más que un demonio para atormentarlo, como no tiene más que un ángel custodio para protegerlo. ¡Error profundo! Imaginaos que estais sumergidos en el agua hasta por cima de la cabeza; tenéis agua encima, debajo, á derecha y á izquierda: esa es la imagen de los espíritus maléficos que nos rodean por todos lados y nos asedian; son innumerables como los átomos que se agitan en el sol, y más innumerables todavía; el aire no es otra cosa que una nube de demonios," (2). Estas miríadas de demonios suponen una intervención activa, incesante, de los espíritus malignos en la existencia humana; y, con efecto, si hemos de creer á nuestro abad, todo en la vida es obra del diablo: "No piensa, ni habla, ni hace nada el hombre sin que le tienten los demonios; están adheridos á nosotros hasta el punto de que casi se identifican con

(1) BEATI RICHALMI, *Speciosa Fallis in Franconia abbatis, liber revelationum de insidiis et versutis demonum adversus homines* (PEZ, *Thesaurus Anecdotorum*, t. I, P. II, página 375 y siguientes).

(2) «Totus aer non est nisi spissitudo eorum» (PEZ, I, P. II, página 410. Comp. p. 385, 386).

nosotros; su cuerpo se extiende sobre el nuestro, en él se infiltra y forma uno con él, y así hablan por nuestra boca y obran por nuestros miembros,, (1). No hay, pues, que extrañar que los actos más sencillos de nuestra existencia física sean el producto de una acción demoniaca; así, no es otra cosa la tos que la voz de un diablo que llama á otro. *Richalme* mismo se maravilla de su descubrimiento: ¡quién lo creyera! dice; casi teme pasar por un hechicero (2). Nada debe ya sorprendernos después de esta sorprendente revelación. El mal, hasta en sus más insignificantes manifestaciones, se debe al diablo: "Las picaduras de las pulgas y de los piojos vienen de los demonios; si alguien, añade, me hubiese dicho esto, habríalo tratado de loco; mas lo sé de ciencia cierta por haber tenido una larga experiencia,, (3).

Todos los hombres son tentados por los demonios; pero hay seres privilegiados cuya vida entera no es más que una lucha continuada con el espíritu del mal. Por poca malicia que se suponga en el diablo, se creará fácilmente que tiene con preferencia á los santos y á cuantos tratan de practicar la perfección espiritual. Nada más curioso que sus artificios: prepara por la noche la obra del día siguiente, porque el diablo no duerme é impide dormir á los monjes á fin de que se duerman de día; cuando la campana llama á los religiosos al coro, entran con ellos los demonios; arrójase con ímpetu irresistible una legión de espíritus maléficos sobre los ojos del abad para cerrar sus párpados, mientras otros crean facticias tinieblas que favorecen el sueño. ¿Cómo no sucumbir? Y cuando duerme el abad, ¿quién osaría reprender á los monjes de que imiten su ejemplo? Suena la hora de la misa, y para esta solemnidad se reservan los más malignos de entre los espíritus maléficos. Cuando se aproxima el momento, reúnen los demonios, los más diligentes van á espolear á los perezosos: "¿Qué hacéis aquí, desocupados y ociosos? ¿Por qué no vais á la misa? ¡Apresuraos á acudir á ella!, Su ataque es entonces tan impetuoso que no hay medio de defenderse; los más fervientes pierden la tranquilidad de espíritu necesaria para el santo sacrificio (4).

(1) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 398, 428.

(2) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 415.

(3) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 417.

(4) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 378, 380.

No aman los demonios más las lecturas piadosas ó instructivas que las oraciones y las solemnidades de la religión; recurren á mil astucias para turbar en ella á los monjes; un medio que casi siempre es eficaz es hacer dormir á los religiosos que tratan de leer. El abad que nos sirve de guía en nuestros estudios demonológicos cuidaba, conociendo las prácticas del enemigo, de tener su mano descubierta, á fin de que el frío le mantuviese despierto; pero los demonios no se dejan batir tan fácilmente; lo atormentaban, picando su piel como pulgas, hasta que el abad metía la mano bajo el hábito, y entonces la seducía el calor y dejaba su libro para entregarse á las dulzuras del sueño (1). Ni agradaba más al diablo el trabajo corporal; una completa ociosidad es lo que más le satisface. Cuando trabajan los monjes, estorban su respiración los demonios ó se echan sobre los brazos y las piernas de los trabajadores para forzarlos al reposo, ó excitan el disgusto y el descontento de sus ocupaciones. Estaban un día en el jardín el abad y los monjes ocupados en acarrear piedras para construir un muro, cuando oyeron á un demonio, de delicado ingenio, recitar este verso de Horacio:

*«Sumite materiam, et versate diu, quid ferre recusat.
El valeant humeri.»*

El malicioso demonio añadió: "El que ha dicho esto no era un tonto; vosotros deberíais hacer una vida dulce como Horacio; es imposible que soportéis por largo tiempo los penosos trabajos que se os imponen,, (2). No dice el abad de *Schoenthal* si prestaban los religiosos atento oído á estas insinuaciones; la cosa es probable.

Nada hemos dicho todavía de la distracción más importante de los monjes, de sus comidas. Á veces tratan los demonios de quitarles el apetito, á fin de debilitarlos por la abstinencia: cuando la hora de comer se acerca, provocan náuseas en los pobres hermanos ó hinchan su vientre. El abad encontró dichosamente á este mal un remedio, hisoparse con agua bendita. Más frecuente es que los demonios exciten la gula de los religiosos; en los días de las grandes fiestas, dice nuestro abad, cuando se sirve buen vino, acuden los espíritus malignos y los embriagan. Un incrédulo podría decir que se tomaba en esto el diablo un trabajo inútil; pero lo que prueba que no era siempre ocioso

(1) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 389-391.

(2) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 408, 464.

es que á veces impedía beber á los monjes. Nuestro abad se lamenta de los vómitos que le provocaban los demonios cuando había bebido vino; diríase que trabajaba el diablo por santificar al abad, disgustándole de esta peligrosa bebida. Nada menos que eso: *Richalme* dice que el vino era necesario á su salud (1).

Un escéptico, como todavía los hay acá y acullá, podría preguntar acaso dónde aprendió el abad de *Schoenthal* su maravillosa ciencia. Es una ciencia de observación; el monje alemán habla á cada paso con los demonios, oye todo lo que dicen, ve todo lo que maquinan; y si no se explica bastante bien cómo pueden emitir puros espíritus sonidos corporales, está seguro de oírlos y refiere sus conversaciones; nosotros no nos atrevemos á transcribir las, por temor de que se tome al diablo por un necio. Si se quiere saber por qué no oye todo el mundo el lenguaje de los demonios, la respuesta es bien sencilla: es una gracia de Dios. Abrigaba gran temor el abad de *Schoenthal* de que este don divino le inclinara al orgullo, y tuvo buen cuidado de recomendar al religioso á quien dictaba sus revelaciones que no las publicara hasta después de su muerte (2).

Leyendo este increíble hato de necedades, nos ha ocurrido una duda: ¿no habría querido el santo abad burlarse de sus lectores? Es lo cierto que describe admirablemente las pasiones, los vicios y los hábitos de los monjes bajo el nombre de inspiraciones ó de ataques del demonio. Los religiosos no atienden á la misa: obra del diablo; se duerme el abad en el coro: es que una legión de espíritus maléficos le cierra los ojos; le gusta más al abad dormir que leer su breviario: es que Satanás hace las funciones de Morfeo; son perezosos los monjes para el trabajo: es el diablo quien les impide trabajar; comen hasta tener náuseas: obra de los espíritus malignos; se achispan en los días de fiesta: ¡lusion! es el demonio quien los embriaga. ¿No serían, pues, las revelaciones del abad de *Schoenthal* una sátira del monaquismo? No nos permiten insistir en esta duda respetables autoridades. *Carlos Visch*, en su *Biblioteca de Cîteaux*, dice que la obra de *Richalme* es "indispensable para los filósofos, para los teólogos y para los ascetas;," y el

(1) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 378, 412, 413, 420.

(2) PEZ, *Thes.*, t. 1, 2, p. 403, 404, 435, 375.

ilustre *Caramuel* la juzga en los propios términos. *Pez*, que publicó las *Revelaciones* de nuestro abad, confiesa que no son *todas oráculos*; pero añade que "las almas piadosas tienen experiencia diaria de las asechanzas del diablo,, (1), y tiene razón el sabio benedictino: aunque las revelaciones del abad de *Schoenthal* parecen alucinaciones de un cerebro con vena de loco, nada tienen de extraño para quien conozca un poco la literatura de la Edad Media. Así el monje *Cesáreo de Heisterbach* consagra un libro entero de su obra *sobre los milagros* á probar que los demonios influyen en todos los actos de nuestra existencia. Y ¿dónde busca las pruebas de su aserto? Comienza por la Sagrada Escritura, y cuenta después una serie de historias tan dignas de crédito como las del Evangelio y las del abad *Richalme* (2). *Peáro el Venerable* cuenta acerca de las hazañas del diablo en Cluny fábulas que exceden, si cabe, en estupidez á los sueños del abad de *Schoenthal* (3).

No tenemos siquiera el derecho de reírnos de la Edad Media, porque se han perpetuado las creencias supersticiosas de nuestros padres, como que son de la esencia del cristianismo. *Gerson* combatió muchas supersticiones; y aunque pasaría á los ojos de los ultramontanos modernos el ilustre canciller casi por un hereje, está, sin embargo, de acuerdo en punto á las tentaciones del diablo con los monjes de más limitado entendimiento; si no tiene su lenguaje aquel exquisito perfume de simpleza que nos encanta en el abad de *Schoenthal*, su doctrina es en el fondo la misma: "Hay una lucha permanente, dice, entre Dios y el diablo; el uno lo hace todo por nuestro bien, el otro todo lo trueca en nuestro mal; nuestros pensamientos y nuestras acciones están sometidos á la influencia del demonio., Pasa *Gerson* revista á las pasiones, debilidades ó imperfecciones del hombre, y ve en todas partes la acción de los espíritus malignos (4). *Lutero* se deja todavía atrás á los católicos; toma al pie de la letra las palabras de los apóstoles que proclaman á Satanás príncipe y dios de este mundo, y deduce de ellas que el pan que comemos,

(1) PEZ, *Thes.*, t. 1, Prefacio, p. 72.

(2) CESAR. HEISTERBACHENSIS, *de Miraculis*, lib. v.

(3) PETER VENERABILIS, *de Miraculis*, l. 12 y sig. (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. xxii, p. 1006).

(4) GERSON, *de diversis diaboli tentationibus* (*Op.*, t. iii, páginas 589-602): "In eo omne quod cogitamus, loquimur, operamur, deceptionis sue tendit laqueos."